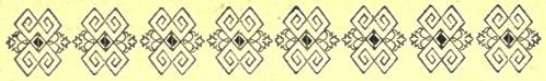

II

A los niños del Río de la Plata.

Felices Páscuas, feliz Año Nuevo! Mi felicitación llegará muy tarde á vosotros: no por eso la acojáis con menos benevolencia, porque jamás me han salido del corazón parabienes más sinceros y más calurosos que estos. ¿A quién los envía especialmente? — pensará alguno tal vez, y yo podría nombrar á muchísimos de vosotros, porque recuerdo á muchísimos, no tanto por los nombres como por las caras, las voces, y los sitios que ocupábais en los bancos de las escuelas;—y precisamente mientras escribo tengo delante de mí un montón de retratos vuestros, y de versos que me recitásteis con voz poco firme y con la cara un poco vuelta atrás por la vergüenza; de composiciones, de ramos de flores secas que recibí

frescas y olorosas de vuestras manitas manchadas con tinta, y de cuadernos que me guardé á escondidas en los bolsillos, cuando los inspectores no miraban. Podría decir: Envío mi saludo á este y al otro de aquellos amiguitos y conocidos míos de los cuales tengo vivas las imágenes delante de los ojos.

¡Oh! no; en vez de eso, mando un saludo á todos, hasta á aquellos á quienes no ví, una calurosa felicitación á todo aquel pequeño pueblo sonrosado, lleno de rizos, amoroso, chillón, que se agita y crece entre la gente grande del Río de la Plata, como flores bermejas y blancas en medio de frondosas mieses doradas: á todos vosotros, belleza, gracia, poesía de la patria argentina, que fuísteis una de las más vivas alegrías, y que sois aún uno de los más gratos recuerdos de mi viaje.

***

Sí, á todos; cada vez que suena en mi mente ó en mi oído esta palabra:—Navidad—mi pensamiento vuela hacia vosotros y me parece veros reunidos todos en inconmensurable pelotón de mil colores, semejante á inmenso jardín de las tierras del trópico que se agitara al soplo de las fuertes auras del Atlántico, esparciendo por el espacio misteriosa fragancia de juventud. En medio de un millar de lindos rostros cándidos y de cabelleras rubias, hay otro millar de rostros morenos y de cabelleras de cuervo;

y entre estos aspectos, extraños para mí, pero más queridos precisamente por su rareza, caritas negras, cabellos crespos, cutis de mulato, colores cenicientos y verdosos jamás vistos sobre semblantes humanos; y á lo lejos, al extremo de ese gentío, fisonomías todavía más extrañas, de color de tierra ó de cobre, con los ojos oblícuos, con los pómulos salientes, con expresión despierta y triste no desprovista de dulzura.

El gentío ondea y gira y agita en alto los sombrerillos adornados con plumas de papagayo y banderas blancas y azules, y juguetes de Paris, y arcos de madera, y *bolas* pequeñas, levantando un vocerío ensordecedor, en el cual cojo aquí y allá sonoras frases españolas, palabras napolitanas, ligures, piamontesas y lombardas, raros vocablos de lenguas ignotas, semejantes á trinos de pájaros, y notas sueltas de las monotonas y austeras canciones de las Pampas.

Y abro con las manos aquella oleada humana, bulliciosa y sonora, y sigo, ya á uno, ya á otro: y alcanzo la hijita de un obrero de la escuela italiana de la colonia; beso en la frente al pequeñín vestido de raso de un diputado del Congreso, y luego un pastorcillo de los montes de Catamarca, y una castellanita de Buenos Aires, y un *gaucho* de siete años, y un pilluelo genovés nacido en un barco de la compañía Lavarello, y después una angelita argentina concebida en Génova y venida al mundo en Mercedes...

¡Felices Páscuas, feliz Año Nuevo!

¡Buena fortuna á todos, hijos de diez pueblos, rosas y perlas del nuevo mundo, *picaflores* parlantes del inmenso valle del Plata, bellas y santas esperanzas, benditas promesas de una sociedad nueva!

¡Felices Páscuas, sed dichosos, lleváos bien; dad la mano á los pequeños mestizos, vosotros los criollos; besad en la frente á los pequeños indios, vosotros los europeos, y llamáos hermanos, carísimos hermanos, lejanos de nuestros hijos, dulces, amados, inolvidables recuerdos del alma mía!

***

¡Cuántos retratitos de muchachos he traído á la patria dibujados y miniados en la memoria; cuántos bellísimos paisajes del llano y del monte en los cuales campea la figurita de uno de vosotros! Recuerdo entre los primeros, ó mejor dicho, estoy viéndolos, á dos aldeanillos montados á la grupa de un caballo que los llevaba al galope hacia la escuela de la colonia agrícola de la Esperanza; el uno acurrucado, pegado al espinazo del otro, formando como un solo cuerpo que tuviese cuatro piernas y dos cabezas; los dos con las carteras para los libros colgadas del hombro y las manos en los bolsillos de los calzones, resguardándolas del fresco de la mañana, soñolientos todavía, menos en el instante de contestar á nuestro saludo, después

de lo cual desaparecieron entre la fina niebla que cubre la interminable llanura.

Desaparecen en la neblina y surgen ahora dos señoritas vestidas de blanco en un palquito del teatro Colón, y entre una y otra, como colocado sobre el veludillo del antepecho, un puñado enorme de rizos negrísimos y lustrosos que no se ve de quién son; pero que levantándose de repente sacudidos con fuerza, dejan ver una cara maravillosa de *porteñita*, dos ojos como estrellas, una sonrisa, un prodigio de boca y de hoyuelos, una de las caritas más adorablemente morenas que hayan hecho jamás palpitar el corazón de una madre argentina.

Desvanécese el palco al terminar un canto del tenor Tamagno, y he aquí una cabaña de barro y rastrojo, un *rancho* que ví cerca de Tucumán, sobre un camino flanqueado de cañas de azúcar.

Dentro del *rancho* había un muerto entre dos velas encendidas; toda una familia de negros estaba arrodillada, parte dentro, parte fuera, en gradación que comenzaba con los grandes de rodillas junto al lecho, y concluía con los chiquillos que estaban en medio de la calle.

El último de estos era un granujilla de tres años, color de cieno, con una gran cabellera encrespada, con las rodillas en el polvo, con las manitas juntas, gordo, medio desnudo, hermoso, sucio, adorable: volvió hacia nosotros su hociquillo de salvaje, y sin desunir las garrillas que tenía por manos, juntas en actitud de orar, sonrió con la boca llena: estaba comiendo.

Otro cuadrito: un hermoso muchacho de nueve años, elegante y esbelto, de fisonomía afectuosa y expresiva, colocado en la puerta de la cámara salón de un vaporcito que va á Santa Fe, como si estuviese dibujado sobre el fondo claro de las aguas del Paraná ó su cabeza surgiese sobre el verde de una isla cubierta de naranjos.

Su padre me lo presentó como uno de los más famosos jinetes de su generación, capaz de recorrer quince leguas al galope en veinticuatro horas, y le hizo recitar cuatro estrofas italianas, que son cuatro de mis más amargos remordimientos.

A tí también envío mi saludo, simpático muchacho, á quien no supe decir nada, cuando tantas cosas te habría querido decir, para dejarte un recuerdo de mí tan bueno y tan amable, como el alma que se te asomaba por los ojos.

Y otra escena. Una sala anchurosa y espléndida del Casino del Progreso, una mesa resplandeciente de cristal y de plata, rodeada de amigos; y rígida, junto á uno de éstos, una figura, para mí curiosísima, una verdadera sorpresa etnográfica, el primer ejemplar que yo veía de la raza india: un criadito de ocho años, de color indefinible, que formaba como rara pequeña mancha de barbarie en medio de la elegancia parisiense de aquel salón; pero de barbarie ennoblecida y no triste, porque sus grandes ojos negros reflejaban la paternal bondad del amo.

¡Pobre flor trasplantada á la calle Rivadavia!

¡Era tan distinto de los nuestros en su aspecto!

Pero á pesar de aquella su extraña máscara, de sus facciones gruesas y rudas, tenía las mismísimas sonrisas, graciosamente tímidas, las mismas caricias ingenuas, todos los gentiles y queridos atractivos del semblante de nuestros muchachos.

¡Felices Páscuas y feliz Año Nuevo, á tí también, mi pequeño *indio,* y ojalá llegue día en que seas trabajador honrado y satisfecho, padre de hijos civilizados y libres, y ojalá lo sepa yo, aunque sea dentro de muchos años, cuando ya mis cabellos estén tan blancos como tus dientes!

Otro recuerdo, el último: la caseta solitaria de un colono lombardo en la Candelaria: la primera casa de un colono italiano en que puse el pie.

Allí había un chiquillo de cuatro años en el umbral de la puerta, que estaba llamando á una hermanita suya que no se veía.

Era el primer muchacho italiano que podía coger en mis brazos desde que estaba en América; tenía el corazón lleno de las varias emociones del día; lo cogí, pero con demasiada violencia; asustóse, se defendió, me arañó, huyó á un lado y se puso á llorar, mirándome con actitud de desconfianza; y yo me quedé un poco avergonzado: mas el afecto se desbordaba del corazón y el amor patrio me sofocaba.

Te envío una felicitación desde tu patria ¡pobrecillo! y un beso en la frente, el mismo que no pude darte en el otro mundo. Pero

¡cuántos y cuántos otros no veo con la mente, de todas clases sociales, desde el pequeñuelo propietario de sesenta mil vacas, que tiene más millones que dientes, hasta el bribonzuelo desharrapado, bello como un *picarillo* de Velázquez, que me seguía todas las mañanas con el periódico debajo del brazo por la acera de la calle de Cangallo, diciéndome con voz ronca y suplicante:

—*¡Tómelo usted! ¡Tómelo usted, parroquiano!*

¡Felices Páscuas, feliz Año Nuevo, diminuto millonario!

¡Felices Páscuas, feliz Año Nuevo, *parroquiano!*

*
* *

Felicidades también á vosotras, queridísimas niñas de las escuelas italianas, á quienes paréceme estar viendo todavía oyendo la lección de historia patria, buscando con la vista un auxilio á la memoria en los retratos de Garibaldi y de Humberto pegados en la pared, entre el mapa de Italia y el escudo de armas de la república platense; niñas queridas á quienes tantas veces ví como á través de un velo, mientras escribíais con las cabecitas inclinadas sobre la mesa; á través de un velo que debía separar con las manos, porque de la cabeza de cada una de vosotras mi pensamiento recorría volando una distancia de seis mil millas para posarse sobre la cabeza de mis hijos; mientras entre el murmullo de vuestras voces oía dos voces de otro hemisferio, que me llamaban y que me parecían voces apagadas y quejumbrosas de enfermo.

Felicidades á vosotras también, felicidades á todos, desde la elegante espectadora del teatro Colán, hasta el pequeño descamisado de Tucumán que rezaba con la boca llena.

¡Que durante todo el año venidero no quede ningún vacío en los miles de bancos de las escuelas!

¡Que el horrendo monstruo que destroza á los niños, no haga lanzar ni un solo grito de angustia en ninguna casa, ni *ranchería*, ni tienda de campaña alguna!

¡Que la salud coloree y redondee las caritas más flacas y descoloridas, disipando del corazón de todas las madres americanas la inquietud, como el benéfico viento de las Pampas disipa todas las nubes de su cielo!

¡Que todos podáis dar un gran paso adelante, en este año: los nacidos en la abundancia, hacia la ciencia; los nacidos en la pobreza, hacia la fortuna; los nacidos en la barbarie, hacia la civilización; todas las niñas, hacia la hermosura; todos los muchachos, hacia la fuerza, y los unos y los otros, hacia la bondad y el trabajo, y todos, en fin, hacia ese amplio y fecundo sentimiento de tolerancia, de benevolencia, de amor patrio sin soberbia, y de amor fraternal sin envidia, que es el único que puede hacer de diez pueblos un pueblo y de cuatro

razas una nación, duplicando con la unión la fuerza de todos.

¡Feliz Año Nuevo, felices Páscuas, niños de la República Argentina!

Nosotros las pasaremos tal vez entre nieve; vosotros las celebraréis bajo el ardiente sol del estío; y que sea benigno el sol á todos cuantos atraviesen al galope las vastas llanuras desiertas para reunirse á sus padres ausentes; y esparza más que nunca su sombra fresca, velando el sueño de ellos, el solitario, hospitalario *ombú*.

Que brille límpida la Cruz del Sur en medio de la noche; que á lo largo de las costas interminables duerma cual lago tranquilo el Atlántico. Felicidades, feliz Año Nuevo á todos, niños porteños é italianos, niños aristocráticos y *gauchos*, hijos de la ciudad, de las Pampas, de las selvas, de los Andes, maravillosa generación multiforme y variadísima, que veréis en vuestros últimos años una patria argentina transfigurada y poderosa, como apenas la desea ó la sueña, ya el orgullo amoroso de sus hijos, ya la reverente gratitud de sus huéspedes.

¡Felicidades, felicidades á todos, desde las montañas de hielo á los mares, desde los bosques de palmeras á los desiertos de sal: niños adorables de América, dulces, amados, indelebles recuerdos de mi alma!

III

Los italianos en la Argentina.

Caminábamos por una llanura sin fin; lejos ya más de seiscientos kilómetros de la embocadura del Río de la Plata, en medio de la vasta provincia de Santa Fe, á donde acude la mayor parte de la emigración campesina italiana, y que precisamente tiene una forma muy semejante al mapa de Italia: la figura de una bota, que apoya su pie sobre la provincia de Buenos Aires, y vuelve la ancha campana hacia la tierra salvaje del Gran Chaco, habitada por indios, no civilizados aún en aquellos días.

Era una hermosa noche de Abril, que allí es otoño. El pintor Romero, piamontés, que hace muchos años está en la República Argentina, dormitaba con el fusil entre las rodillas,